



**ADMISSION AU COLLÈGE UNIVERSITAIRE**

Samedi 21 février 2015

**ESPAGNOL**

Durée de l'épreuve : 1h30 – coefficient 1

**IMPORTANT**

Le sujet est paginé de 1 à 3. Veuillez vérifier que vous avez bien toutes les pages.  
En cas d'anomalie, avertissez le surveillant.

Les pages centrales contiennent le texte que vous ne devez pas rendre avec votre copie. Aucune annotation ne sera prise en compte.

Les réponses aux questions ne devront pas excéder l'espace qui leur est réservé.

**PARTIE RÉSERVÉE À LA CORRECTION**

Détail des notes

I. Compréhension du texte /10

II. Essai /10

TOTAL : /20

---

Note après harmonisation : /20

Commentaires

I. COMPRENSIÓN DEL TEXTO.

A/ Lea atentamente el texto y conteste a las siguientes preguntas en español. Válgase de las informaciones presentadas en el texto sin recurrir a la paráfrasis.

1. ¿Qué le impresionó al autor en la foto que ilustraba el reportaje de Guillermo Altares?

---

---

---

---

---

2. ¿Qué diferencia hay entre los visitantes de "hace ya años" y los de ahora?

---

---

---

---

---

3. Según el autor, ¿cómo deberíamos reaccionar ante quienes presumen de "haber estado allí"?

---

---

---

---

---

4. ¿Cuáles son los indicios de infantilización planetaria?

---

---

---

---

---

**TEXTE À CONSERVER PAR LE CANDIDAT**

NE PAS RENDRE LE TEXTE AVEC VOTRE COPIE.  
AUCUNE ANNOTATION NE SERA PRISE EN COMPTE POUR LA  
CORRECTION.

## ADMISSION AU COLLÈGE UNIVERSITAIRE

Samedi 21 février 2015

ESPAGNOL

Durée de l'épreuve : 1h30 – coefficient 1

### ***Mira lo que hago***

Mucha gente quiere ser cada vez más como la gente de ficción (y cretina) de la mayoría de los anuncios televisivos, y éstos han popularizado [...] 'slogans' particularmente nefastos [...]

No por sabida la situación, impresionaba menos la fotografía que ilustraba el reportaje de Guillermo Altares del 1 de octubre en este diario: una patulea<sup>1</sup> de sujetos ante La Gioconda, en el Museo del Louvre. El batiburrillo<sup>2</sup> es tal que cuesta individualizarlos y contarlos, pero creo que son unos treinta (más no captaba el objetivo, pero seguro que más había), de los cuales sólo tres se puede asegurar que estén mirando – intentando mirar, mejor dicho– el pequeño cuadro. Mirándolo de veras. El resto está dedicado a hacerle estúpidas fotos con sus estúpidos móviles. Aún habría sido posible una imagen más escalofriante o deprimente, por lo que relataba el reportaje: la de una patulea equivalente dándole la espalda al famoso retrato (no muy atractivo, según mi criterio) para hacerse un *selfie* en el que se viera a cada visitante con la pintura al fondo, como adorno. Las últimas veces que estuve en esa sala, hace ya años, el panorama era desolador, pero no tanto. La gente se agolpaba ante La Gioconda –no recuerdo si se permitía fotografiarla entonces–, mientras desdeñaba uno o dos cuadros más de Leonardo da Vinci que se hallaban allí mismo, no digamos las maravillas de otros maestros repartidas por el museo. Pero al menos la marabunta<sup>3</sup> no daba la espalda al objeto de veneración superficial, es decir, la “obra maestra” no había pasado a ser un mero escenario, un mero decorado de lo verdaderamente importante: uno mismo.

Es innegable que una de las causas de la imbecilización del mundo es la publicidad; que la humanidad lleve décadas sometida a ella –a un perpetuo bombardeo de ella– ha traído sus consecuencias. Mucha gente quiere ser cada vez más como la gente de ficción (y cretina) de la mayoría de los anuncios televisivos, y éstos han popularizado dos *slogans* particularmente nefastos: “Yo estuve allí” y “Este es un acontecimiento histórico e irrepetible”. Se considera “acontecimiento histórico” cualquier chorrada; desde la entrada de una tonadillera en la cárcel hasta la primera vez que Messi sale al campo disfrazado de senyera. Y sí, claro, todo es “histórico e irrepetible”, también este trivial momento en que yo escribo este artículo, pero a quién diablos le importa tamaña insignificancia. A cada individuo que presuma de “haber estado allí”, sea “allí” el Camp Nou con Messi vestido de bandera o la caída del Muro de Berlín en su día, habría que contestarle con crueldad merecida: “¿Y? ¿Tuvo usted alguna influencia? ¿Habría dejado de suceder la cosa si se hubiera ausentado? ¿Es usted mejor por haber formado parte de una masa? ¿No sabe que por televisión millones han visto lo mismo y podrían afirmar haber estado también allí, aunque no fuera cierto, y contarlos probablemente con más detalle?” Supongo que para combatir esta última pregunta están los *selfies*: “He aquí la prueba, véanme con La Gioconda como ornamento, o con el Adán de Miguel Ángel y su dedo”. Pero claro, resulta que la Capilla Sixtina recibe actualmente 22.000 turistas *diarios*, y nunca hay menos de 2.000 personas allí congregadas, una permanente muchedumbre. ¿Qué más da que esté usted ahí, sin mirar los frescos, si su supuesta “unicidad” la comparten millares a diario?

Todo es raro y contradictorio hoy en día. Demasiada gente ingenua se ha convencido de que cosa que cuelga en las redes (Facebook, Twitter o lo que sea), la va a contemplar el universo mundo, cuando lo más seguro es que pase tan inadvertida como las sesiones de diapositivas a que antaño se sometía a cuatro amistades cuando nuestros padres volvían de un viaje, o como los comentarios que se hacían en el café ante los compinches habituales. La gente está demasiado ocupada colgando sus fotos y lanzando sus tuits para molestarse en ver o leer los de los demás. El lema de nuestro tiempo debería ser: “Cada loco con su tema”, y el único tema –y de todos– es uno mismo. “Mira lo que me voy a comer”, y envían foto de un plato. “Mira dónde estoy”, y envían la de un vertedero o una puerta o la espantosa estatua gigante de una rana en el Paseo de Recoletos (ya hablé de esa afrenta). “Mira con quién estoy”, y arrojan la de un

1. *muchedumbre desordenada*

2. *mezcla inconexa*

3. *Conjunto de gente tumultuosa*

locutor o caricato<sup>4</sup> con los que se han topado en la calle. “Mira lo que estoy viendo”, y ahí van sus *selfies* ante La Gioconda, proclamando que pueden estar viéndola, pero desde luego no mirándola.

Todo esto recuerda a los niños pequeños que precisan la constante atención de la madre o el padre: “Mamá, mira lo que hago”; “Mira, papá, ahora sin manos”. El niño necesita testigos para asegurarse de que efectivamente está en el mundo y existe (todavía se está acostumbrando a la novedad, y requiere confirmación incesante: ¿verdad que no soy una figuración, pues hago cosas y las veis?). Esa inseguridad inicial solía pasarse, y bastante pronto. Ahora da la impresión de que no se pasa nunca, de que las personas exigen contar con espectadores y espejos de todas sus actividades, hasta de las más vulgares. Un síntoma más de la creciente e inacabable puerilización del mundo. Uno se pregunta a veces si quedan muchos individuos capaces de disfrutar de algo sin ser contemplados en su disfrute. De un paseo, de un paisaje, de una obra maestra pictórica que no sea banalmente célebre, de un edificio o rincón en el que uno fije la vista por su cuenta, sin que se los hayan señalado una página web o una guía. Si queda algo autónomo y que se aprecie en sí mismo, y no como decorado de nuestro insaciable narcisismo.

ELPAIS.COM - JAVIER MARÍAS, 30 NOV 2014–OPINIÓN

---

4. actor cómico, bufón





